

Mateo 9, 9-13

Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió. ¹⁰Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. ¹¹Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? ¹²Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ¹³Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.

La acogida es un valor que evoca la apertura a un “nosotras, nosotros y nosotres”. Evoca realidades próximas como la responsabilidad, la compasión, la solidaridad. La acogida hace que el extraño deje de ser extraño y el que acoge se haga con la rica extrañeza de la vida y la considere como oportunidad de aprendizaje. Tiene que ver con la bienvenida a una persona que no se conoce y que, a pesar de la incertidumbre que pueda generar, de entrada, se sabe que es un ser humano y precisamente por ello es que se le debe respetar, acoger y amar.

¿Qué significa acogida en la Biblia? La acogida es una virtud o valor humano de incuestionable importancia. Se puede nacer más o menos acogedor, pero también es un valor que se cultiva, se educa. La acogida abre puertas tanto en quien la recibe como quien recibe.

Una actitud de acogida nos convierte en personas accesibles para los demás. Y nos sitúa junto a ellos y, por lo tanto, cerca de su sentir, cerca de sus porqués, cerca de sus preocupaciones y cerca de los problemas que puedan tener.

Una actitud de acogida lleva consigo estar abierto a recibir a quien tenemos enfrente, dejando atrás esos terribles prejuicios que tantísimas veces suelen acompañarnos y que nos llevan a hacernos una idea precipitada, atendiendo tan solo a esa primera impresión que nos causa con su actitud, su gesto, sus modales, su ropa o su aspecto exterior. Lo peor de los prejuicios es que, una vez que encasillamos a la persona ya obramos en consecuencia. Lo que en muchas -muchísimas- ocasiones se traduce en que le negamos la oportunidad de mostrarnos quién es o lo que lleva en el corazón, tan solo porque tras esa primera impresión nos ha parecido que no nos es afín, que no nos va a aportar nada o que nos va a traer problemas.

Una actitud genuina de acogida no hace excepciones. Como hizo Jesús, quien no buscó rodearse ni de los poderosos, ni de los más respetados socialmente ni de los más populares. Sino más bien todo lo contrario: Jesús siempre mostró predilección por las personas que más sufrían y que más bien estaban, de una u otra manera, excluidas por la sociedad: porque tuvo meridianamente claro que no venía a curar a quienes estaban sanos sino a los que estaban enfermos:

«no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos»

Esperanza, de Alexis Valdés

Cuando la tormenta pase
y se amansen los caminos,
y seamos sobrevivientes
de un naufragio colectivo.

Con el corazón lloroso
y el destino bendecido
nos sentiremos dichosos
tan sólo por estar vivos.

Y le daremos un abrazo
al primer desconocido
y alabaremos la suerte
de conservar un amigo.

Y entonces recordaremos
todo aquello que perdimos
de una vez aprenderemos
todo lo que no aprendimos.

Y no tendremos envidia
pues todos habrán sufrido.
Y no tendremos desidia
Seremos más compasivos.

Valdrá más lo que es de todos,
que lo jamás conseguido.

Seremos más generosos,
y mucho más comprometidos.

Entenderemos lo frágil
que significa estar vivos.

Sudaremos empatía
por quien está y quien se ha ido.

Extrañaremos al viejo
que pedía un peso en el mercado,
que no supimos su nombre
y siempre estuvo a tu lado.

Y quizás el viejo pobre
era tu Dios disfrazado.

Nunca preguntaste el nombre

porque estabas apurado.

Y todo será un milagro
y todo será un legado.

Y se respetará la vida,
la vida que hemos ganado.

Cuando la tormenta pase
te pido Dios, apenado,
que nos devuelvas mejores,
como nos habías soñado.